

UN TESTIMONIO DE OPCION POR LAS CLASES POPULARES

Mario y Ana Kaplún

Ana y Mario Kaplún son una pareja que, como muchas otras personas en toda América Latina, han optado por apoyar un proyecto liberador para las clases populares del continente. Lo que especifica esta opción es, valga la redundancia, que tiene propiamente el carácter de opción: Por formación profesional o/y origen de clase podrían no haber optado por el pueblo. La Revista SIC ha considerado de suma importancia enriquecer el conjunto de artículos dedicados al papel de las clases medias en un proyecto popular, con una entrevista que testimoniara en concreto cómo se viven, se padecen y se gozan esas opciones. Los entrevistados se desempeñan como miembros de la División de Comunicación y Cultura de CESAP (N. de la R.).

— *¿Por qué, teniendo otras oportunidades profesionales que les brindaran una "mejor" posición social, han optado por el trabajo popular?*

Antes de intentar una respuesta, lo primero sería establecer como una "regla de juego" de este diálogo. No porque seamos personas muy importantes que tenemos fueros o derechos especiales. Sino precisamente por lo contrario: porque no lo somos en absoluto. Justamente lo que quisiéramos precisar es que no deseamos ser vistos ni propuestos como modelos ni como ejemplos de nada. Nuestra opción —el trabajo junto al pueblo— es una entre varias posibles, todas ellas respetables y legítimas. Por otra parte, mal podríamos ser presentados como modelos. Como en toda opción humana, en la nuestra se mezclan motivaciones más o menos claras y otras tal vez confusas, oscuras, ambigüas; elecciones que hace conscientemente y también circunstancias de la vida que te van llevando sin que tú sepas muy bien por qué ni adónde. Y, en la práctica diaria concreta, que es la de todo ser humano, entre lo que podríamos llamar nuestro proyecto ideal de vida y nuestra realidad, median infinitas con-

tradiciones, debilidades y concesiones.

Con todo, es cierto que hemos hecho una opción y nos mantenemos fieles a ella a lo largo de los años. SIC nos pregunta por el cómo y el por qué de esa opción. Diríamos que se pueden reconocer en ella como tres fuentes, como tres orígenes o vertientes: la política y social, la profesional-vocacional y la de nuestra fe cristiana.

En lo político-social, creemos y luchamos por un proyecto histórico liberador y transformador protagonizado por las clases populares. Compartimos —para decirlo con palabras del escritor mexicano Carlos Fuentes— una utopía que "afirma los valores de la comunidad, los valores comunitarios, por encima de los valores del poder". Entonces, medimos nuestro trabajo en términos de proyección social, de validez y utilidad sociales: ¿en qué medida nuestra labor contribuye, así sea modestamente, mínimamente, a largo plazo, a la construcción de ese proyecto liberador? Antes de preguntar qué salario nos va a retribuir nuestro trabajo o qué gratificaciones vamos a obtener de él en términos de "status" o de reconocimiento intelectual y académico, nos preguntamos. "¿Lo que hacemos, le sirve al pueblo para crecer y avanzar?"

Con esto, no estamos postulando el trabajo popular como la única opción posible, como excluyente de otras también válidas. El teórico, el académico, el docente, el investigador, el comunicador de los grandes medios masivos, son necesarios y pueden hacer aportes importantes a la transformación social. Pero esos otros lugares están mucho más atendidos y cubiertos por otros colegas. Nosotros intentamos llenar un espacio mucho más vacío y que sentimos necesario, más aún, imprescindible: el de la comunicación popular, el de la educación popular, el del trabajo de base.

Y aquí entra la segunda vertiente. Este trabajo tomará su forma concreta según sea la profesión y vocación de cada uno. Será una para el médico, otra para el arquitecto, el sociólogo, el economista, el sacerdote, etc. Nosotros somos comunicadores-educadores. Y como tales hemos hecho un proceso. Nuestra opción no surgió de golpe, como un súbito rayo de luz. Fue madurando a

través de un largo proceso, de muchas experiencias que nos interpelaron y nos enriquecieron.

Como comunicadores, empezamos trabajando en los medios masivos, realizando programas de radio y televisión. Lo que nos preocupaba en ese momento era el contenido de esos programas: que ellos fueran concientizadores, que contribuyeran al crecimiento de la conciencia popular. Pero veíamos que, para que esta comunicación fuera realmente liberadora, era preciso que los destinatarios pudieran intervenir activamente en ella; dejar de ser meros oyentes o espectadores. Dimos un segundo paso: la comunicación grupal, en la que los grupos tienen la oportunidad de discutir y reflexionar sobre el mensaje recibido y decir su propia palabra. Luego, sentimos la necesidad de ir más allá. Se fue gestando en nosotros —como en muchos otros comunicadores latinoamericanos— un cuestionamiento del modelo vertical de la comunicación, de ese falso modo de entenderla en el que un emisor monopoliza la palabra y emite mensajes —por liberadores que éstos sean— a receptores pasivos. Nuestra concepción, en cambio, afirmaba el derecho del pueblo a ser emisor y emitir sus propios mensajes. Es la corriente llamada de la democratización de la comunicación. Pero no nos bastaba afirmarla en teoría: sentimos el llamado a contribuir a llevarla a la práctica. Como comunicadores, teníamos un aporte que hacer a los sectores populares: ofrecerles instrumentos, capacitar a los grupos y a las organizaciones de base para que desarrollaran sus propios medios de comunicación y crecieran como emisores de mensajes. En eso estamos.

A través de nuestra labor en CESAP, cada vez más comprobamos que la comunicación es un componente clave del proceso liberador y transformador. Cuando los grupos populares comienzan a cuestionar el modelo de comunicación vertical y autoritaria que impera en la sociedad —e incluso muchas veces dentro de sus propias organizaciones—, no son simplemente los mensajes los que cambian; comienzan a cambiar las relaciones sociales. Eso tiene de gratificante y estimulante el trabajo que estamos realizando: no es sólo construir para un

mañana; es comenzar a vivir, en el aquí y el ahora, así sea en pequeña escala, esas nuevas relaciones sociales de igualdad y fraternidad que postulamos. Es sentir que la vida se hace más humana; que en lugar de relaciones de competencia y de poder, comienzan a vivirse valores de comunidad.

— *¿Qué papel jugó la opción cristiana en su opción política?*

— Aquí aparece la tercera vertiente, inseparable de las otras dos y que ilumina las otras dos: la que se refiere a nuestra condición de cristianos y a nuestro compromiso humano y concreto con los grupos populares. Nuestra opción no fue tomada intelectualmente en un escritorio; se gestó en el contacto concreto con la gente popular y con su realidad. Tal vez valga la pena aclarar que nosotros no "nacimos" cristianos: nos convertimos ya adultos. Quizá eso hizo más fuerte el compromiso de ser coherentes con esa fe y de encarnarla en una opción de vida.

Cuando nos tocó producir la serie "Jurado No. 13", hicimos un viaje de documentación por varios países de América Latina. Venezuela incluida a fin de recoger temas y situaciones reales para nuestros guiones. Nos sumergimos en América Pobre —aun en el infierno infrahumano de su miseria; la tocamos, la palpamos. El fruto inmediato de esa experiencia fue la serie. Pero, a más largo plazo, la experiencia nos marcó, nos llevó a un compromiso cada vez más a fondo con las clases populares; a una disposición para ponernos a su servicio. Como una necesidad de ser coherentes con nosotros mismos.

Así, lo que comenzó siendo una opción entre varias, hoy ya es para nosotros la única posible. No podríamos volver atrás: volver a la competencia, a las reglas de juego del sistema. Así, esta opción queda despojada de todo lo que, desde afuera, pueda aparentar de heroica, de sacrificada, de excepcional. Para nosotros hoy es el único camino que nos permite sentirnos plenos, realizados, coherentes. Ya no podríamos volver a hacer cosas que hicimos en épocas anteriores y que hoy entrarían en conflicto, en contradicción con nuestras convicciones profundas, por más que nos confirieran un "mejor" status. Aunque quisiéramos, ya no podríamos ni sabríamos hacerlas: hemos perdido la práctica y el mínimo de convicción que se necesita para realizarlas. A medida que uno va haciendo un camino, se cierran otros. Elegir es también descartar; abrir una puerta es cerrarse otras. Hoy sólo nos sentimos vivos haciendo un trabajo con proyec-

ción social y regido por los valores comunitarios.

— *¿Cómo ven, luego de años de militancia cercana al pueblo y sus luchas, el papel de las clases medias en un proyecto popular?*

— Este papel tiene algo de paradójico. El profesional, el "intelectual orgánico", trabaja por un proyecto que ciertamente, de realizarse, a él no le aparejará beneficios materiales sino que, por el contrario, decretará su desaparición como clase privilegiada. Pero que lo liberará humanamente; que lo hará ser más, aun teniendo menos.

Esa misma paradoja se da en cuanto a nuestra profesión de comunicadores. A medida que vamos entregando nuestros conocimientos y transfiriéndolos a los sectores populares, a medida que el pueblo organiza y desarrolla sus propios medios de comunicación, somos cada vez menos necesarios. Nos vamos anulando, borrando poco a poco.

Nos parece que ésta es condición esencial del trabajo popular: saberse necesarios, pero transitorios.

¿Somos necesarios? Sí. Tenemos unos conocimientos de los que el pueblo necesita apropiarse para su proyecto liberador. Y lo comprobamos en la forma abierta, amistosa, con que el pueblo nos recibe. Nuestra experiencia nos demuestra que tenemos algo válido que aportar a los sectores populares. Ella desmiente ese enfoque populista, espontaneísta, que sostiene que el pueblo ya lo sabe todo, que ya ha formulado su propio proyecto, etc.; y que califica tremendísticamente de "pequeño-burgués" todo aporte del conocimiento a la clase popular. El propio Paulo Freire se vio precisado a puntualizar que "la información es una instancia necesaria del proceso del conocimiento" y que "conocer no es adivinar". Desconocer esta realidad en nombre de un supuesto respeto al pueblo, no es en verdad respetarlo, sino negarle egoístamente instrumentos que el pueblo necesita. Es negar la cultura, que es siempre transmisión y comunicación; es pensar que cada grupo popular tiene que descubrirlo todo solo y partir siempre de cero.

Pero, al mismo tiempo, nuestro papel es transitorio y debe ser asumido como tal. Estamos al servicio de las organizaciones populares; prestándoles un apoyo y nada más. Nuestro papel no es el de vanguardia ni el de protagonistas ni el de mentores permanentes del proceso. Es el pueblo el que debe formular, protagonizar y dirigir su proyecto. Lo que podemos y debemos hacer es apor-

tarle instrumentos, para que él, a medida que crece y avanza, los haga suyos y los maneje autónomamente.

Asumido así, como un servicio, el trabajo junto al pueblo es una fuente permanente de alegría, de esperanza, de riqueza, en el que uno da y se da, pero al mismo tiempo recibe; en el que enseña y aprende a la vez; en el que uno mismo se va transformando y autoeducando. Sin negarse a sí mismo, a sus raíces, a su historia personal. Una condición para cumplir este papel y realizar esta tarea, es la de no ser demagógico. No disfrazarse; no pretender que uno es pueblo, que es igual al pueblo; no desconocer las diferencias, no negar ni ocultar la propia identidad. Nuestro trabajo significa el encuentro y el intercambio de dos culturas diferentes, que al encontrarse se enriquecen mutuamente. El camoufflage, además, no sirve: el pueblo no es tonto y percibe la diferencia. En cambio, recibe con apertura al que viene a aportar instrumentos que él necesita y que luego adapta y transforma libremente. (Más aún: nosotros no "vamos" a los grupos populares; son ellos los que nos llaman).

Nos definiríamos quizá como agentes sociales que estamos construyendo puentes: puentes entre ciertos conocimientos e instrumentos que manejamos y la base popular. Y, al mismo tiempo, servimos de puentes también en el otro sentido: entre los sectores populares y los estratos intelectuales, profesionales, académicos. Recogemos del trabajo popular aprendizajes, riquezas, que después también volcamos a la docencia académica, a la investigación científica y sistemática (lo seguimos haciendo: no desdenamos la labor académica cuando sentimos que ella tiene validez social y que contribuye al proyecto liberador; vamos a las universidades, a los seminarios; publicamos nuestras investigaciones). Pero esos aportes nuestros al quehacer académico y docente llegan enriquecidos por una praxis, confrontados con una praxis, de la que los puros teóricos carecen.

